

Renacer

Pollette Garrido Alarcón



HOOPPE

Renacer

Pollette Garrido Alarcón

Renacer

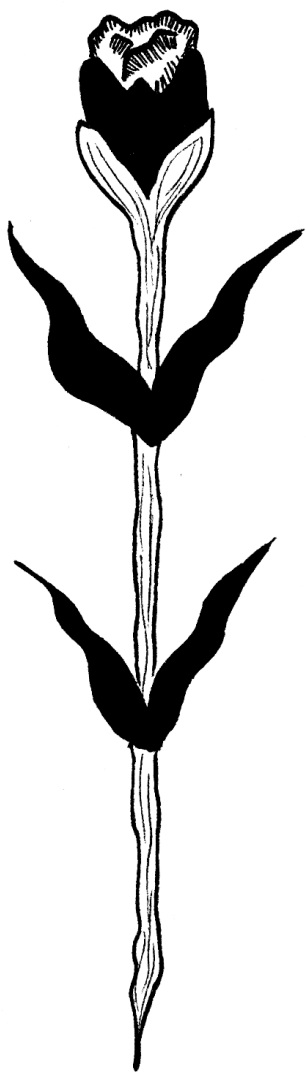
POLLETTE GARRIDO ALARCÓN

Hooppe Ediciones, 2021

Todos los derechos reservados

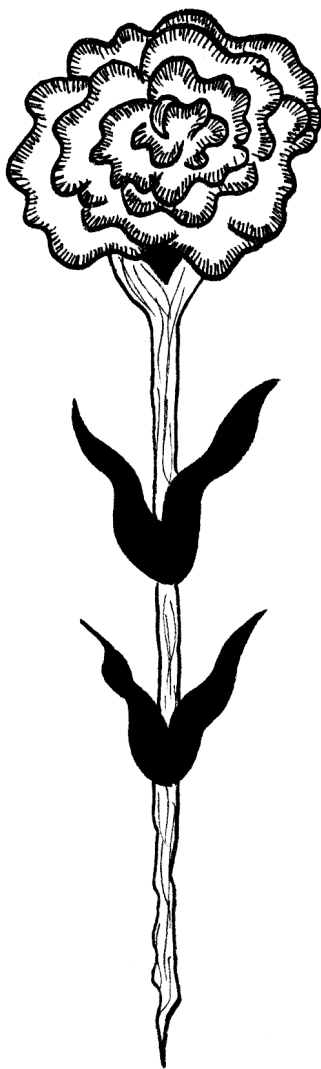
HOOPPE

Para aquella experiencia que destruyó
mi ilusión, idealización y dominio.



Índice

Ante el caos	06
Entre el caos	14
Siendo el caos	26



Ante el caos

Comenzó como un caos y con la desobediencia de Adán, quien en un estado de alarma, vio directamente a los ojos al pecado. La serpiente, aquella mujer de cabellos de oro, se adueñó de la mente del hombre en aquel día de revuelo y desorden. El fuego se hacía partícipe del escenario, y el levantamiento y sublevación eran la emoción que ardía en la multitud.

Nada de eso fue más relevante que el siseo de aquellas caderas que manejaba la mujer de cabellos angelicales, pues el fuego realzaba sus esculpidas facciones, y su rostro indudablemente excitado por la revuelta popular, enaltecía su seguridad al caminar por el lugar.

Y a pesar de que Adán admirara y contemplara un absoluto y admirable arte, Eva no consideraba ninguna extravagancia evocable.

El hombre encontró aquel valor que se creía inexistente, y frente al caos, intentó llamar la atención de la serpiente. Intacta se encontraba su esperanza, a pesar de que Eva le repitiera de que el pecado no mostraba ninguna curiosidad por mirar a su dirección. Nunca cruzaron miradas, pues la reptil era dispersa e intocable; nadie ni nada era merecedor de su cruel universo.

¿El desinterés atrae a la obsesión, o la obsesión pide a gritos que el desinterés se haga presente, para hacer consistente su obstinación?

El tiempo era cruel y se redujo a lo enfermizo. Adán vivía más por el pecado que por sí mismo. Su costilla serenaba sus pensamientos, pero al mismo tiempo le incitaba a indagar sobre la serpiente. Y como Adán y Eva eran casi uno solo, ella brindaba su escucha, pupilas y tacto al inquieto del hombre, quien no era capaz de rozar y admirar de cerca a la reptil. La mujer, inevitablemente, veía a la de cabellos de oro con más frecuencia, y poco a poco, la inmoralidad se introdujo en ella.

El pecado a pesar de ser eterno y primitivo, era menor que la mujer, y a Eva le gustaba esa sensación de ser consumida y dominada por algo nuevo que era capaz de atraer y destruir a cualquiera, y en un corto plazo, a ella también.

Pero el derrumbe es próximo y tajante; Adán exploraría otros terrenos y dejaría a Eva sola con la reptil, en una decisión apresurada e indudable. ¿Y de qué manera la fémica podría admirar al misterioso, pero llamativo pecado, si no tenía excusa alguna para hacerlo? Ella era fiel y devota al hombre, pero contempló inconscientemente y sin lugar a dudas a la serpiente en ausencia de él.

Y de manera única y singular, las situaciones hicieron que en más de una ocasión, se encontraran frente a frente estas figuras; Eva tenía cascadas de cacao que nacían de su cabeza, piel cálida como el sol al medio día, y labios vivos como pétalos de un clavel. La serpiente, por otro lado, poseía brillantes y caóticas dunas como melena, piel pálida y

fría como la nieve en plena ventisca, y labios selectos y ligeros que se asemejaban a una guillotina.

Casualmente en estos fugaces encuentros, la fémica se percató de una incesante y letal mirada a su figura. ¿Habrá sido por parte de Eva un sentimiento inconsistente de atención y deseo de captar el interés de la reptil, o fue verídica su mirada, que con ella hizo un pacto para capturar a la que sería su próxima víctima?

Eva había sido concebida para ser sumisa, dócil e ignorante, y sentía culpa, pero quizás, su curiosidad allanó su interior, pues en aquel choque de cuerpos cubiertos, se sintió desnuda por el roce de unas brillantes, ásperas y atrayentes escamas. El lugar se ceñía al ella tocar a la mujer sin querer, y acariciar, en cambio, sin excusa. Eva deseaba que a cada segundo el espacio fuera mínimo, y el ruido de las voces vociferando fueron la excusa perfecta para acallar las intrusas palabras en su cabeza que la harían retroceder y recapacitar.

Y cuando por primera vez se cruzaron sus pupilas sin lugar a dudas, el polvo carmesí bajo sus pestañas inferiores le dieron a la mujer el hincapié para admirar a la reptil. Segundos, solo unos escasos segundos. Eva intentó ignorarla, pero cada vez que sus ganas de enfocar sus dilatadas pupilas en la serpiente se hacían realidad, advertía su mirada avellana ya en ella. La fémica desviaba la vista y la contraria no tenía un mínimo tacto en retirarla.

Fueron incontables cruces que ella intentó contar.

Pero el tiempo no es eterno y todo se había encaminado al vacío. Eva no quería que la serpiente se marchara, pero cuando se fue sin dejar rastro de una mirada previa al adiós, supo que la reptil era de aquellas almas que no voltean al huir, y que eso en adelante, demandaría un adiós determinante-mente destructivo. Y eso más que alejarla, la atrajo, porque solamente se le cruzó por la cabeza que ella fue todo para la serpiente por aquella eterna fracción de tiempo en el que la miraba.

Fueron segundos de su mirar, y de manera injusta, la serpiente fue minutos en su cabeza.

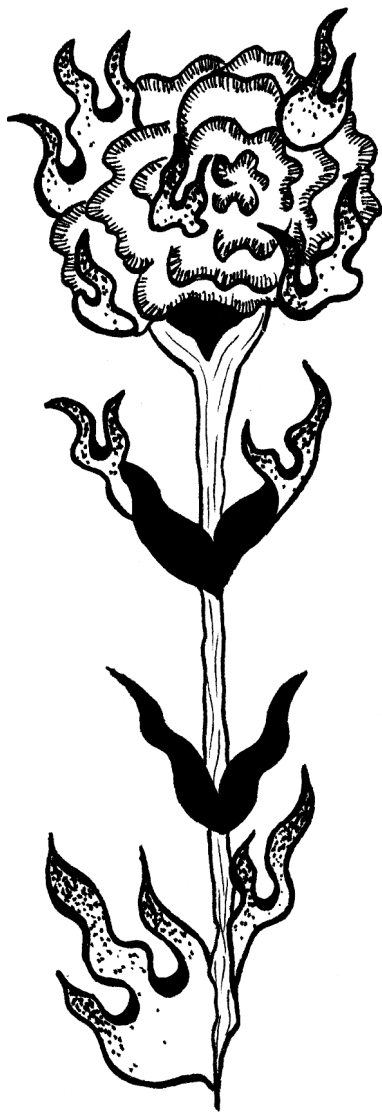
Y en unos días la manzana fue degustada, mascada e ingerida, completamente manducada; la mujer creyó llegar al límite manteniéndole la mirada, pero la serpiente siempre fue un paso adelante, hablándole como a quien se le conversa con confianza y comodidad. La escamosa mujer encontró a la fémica completamente desprevénida, y encontrarse incauta cuando el pecado conoce cada movimiento, le encantó a la contraria. La reptil le ofreció a Eva aquel apetitoso fruto mientras se envolvía en su torso, y esta solo atinó a hacer caso omiso a sus propias órdenes y dejarse llevar por sus demandantes plegarias. Pero a pesar de anhelar y codiciar el dulce aroma frutal, todo se termina. Consumir la lujuria sin control destruye catastróficamente todo a su paso.

¿Tanta es la anhelación, necesidad y dependencia por parte de Eva hacia el pecado? ¿A qué nivel ansía la mujer lo áspero de su lengua y de su escamosa piel quitándole el aliento?

Y en lo más profundo de su recóndito ser, la fémica desea terminar con aquello, a pesar de no ser capaz de decidir por sí misma más que seguir acercando sus vivos labios color clavel a aquel cálido y pecaminoso fruto prohibido. La reptil le aleja y acerca el pecado hecho fruto; jugando, disfrutando, teniéndole entre su cuerpo. Y salta; Eva se impulsa y se arroja en el abismo en donde ahondan las mariposas, destruyéndose tras la corrosiva e hiriente caída.

Y ya no hay plática ni discusión que mejoren la catastrófica e innegable situación. Dios descubrió a Eva y esta fue cruelmente castigada, arrastrando a Adán en esto mientras la serpiente persiste en su maravilloso paraíso sin un castigo divino.

La mujer fue únicamente un instrumento para llegar a no sé dónde y sin saber por qué motivo, pero fue utilizada y manipulada como aquellos sucios trapos viejos que ahora usa con vergüenza.



Entre el caos

La duda es la siguiente; ¿Es realmente Eva la mala de la historia, tal y como lo exhibe el libro de la sabiduría? ¿Pensar las cosas detenidamente será más desafiante, inquietante y peligroso que actuar sin tiempos de espera? ¿Era la serpiente, satanás en busca de la lujuria?

Si se sugiere y esboza de tal manera, en la Biblia no hay letras que especifiquen que Adán no haya tenido un previo contacto con la reptil. ¿Y si el pecado en cuerpo de ángel acudió al hombre antes que a la mujer? Pues desde la perspectiva primitiva, era lógico que fuese el hombre quien tuviera la decisión en sus manos como pareja.

Aunque si de este modo fuese, Adán no era capaz de sobrellevar la carga de la desobediencia y la curiosidad, de la duda y la sublevación. Quizás se planteó en demasía la inmoral y lujuriosa propuesta de morder la fruta prohibida, y tal vez considerar, reflexionar y no actuar, hace que uno pierda desmesuradas oportunidades valiosas.

¿Y si Eva quería fraccionar los esquemas?; desafió a Dios por sobre todas las circunstancias, sin planear las consecuencias de antemano y con un notable sentimiento profundo de arder con su pensar. Si fuese de este modo, ¿no hay perdón divino por quien se mueve por algo más profundo que un pensamiento o el miedo que induce un superior?

Pudo todo este enrollo tener un mismo desenlace: vivir los siglos de los siglos en la tierra, pero sien-

do Adán el culpable y responsable de haber degustado del aroma frutal después de creérsela una y mil veces, y aún con todas las de perder, llevarlo a cabo. ¿No es acaso más peligroso quien sabe que lo está haciendo mal, antes que un impulsivo?

La serpiente en cuerpo de mujer tiene cabellos rubios que brillan más en la plenitud de media noche. ¿La reptil no era acaso satanás siseando entre los mortales? En tal circunstancia, ¿no era satanás en sus orígenes un agraciado ángel de aquellos castos, puros e inquebrantables? Y si nos planteamos en aquella situación, ¿no es prudente pensar que Eva tenía más cosas en común con aquel ser que con su cónyuge?

Y en la actualidad, destruida y perdida, Eva sueña con la serpiente y su cuerpo, con ser acariciada y poder acariciarla. La mujer ya es todo lo que la serpiente quería de ella, y en realidad, no tuvo opción: firmó su sentencia al mirarla sin descaro y al intentar conocerla hasta en lo más recóndito.

Y la serpiente siseó: si no me conoces, no lo intentes, pero si te gustaría conocerme más, te recomiendo lanzarte al abismo de mis profundidades más crueles y caóticas.

Quien peca una vez, lo volverá a hacer. La reptil ya bebe de la sangre de la femina, y esta, lo disfruta.

¿Pero qué es todo esto; serpientes, veneno, la mujer y el hombre? La reptil es un ángel al fin y al

cabo y es tan vasta y transcendente como aquella deseada y temida entrada al infierno. La intriga de su contenido es tan abismal, que Eva siente padecer y caer entre sus dulces melodías. Contenido y no contenedor. ¿Y si la mujer se lanza otra vez, perdiendo ya definitivamente su alma?

El seseante y escamoso cuerpo se mostró tal cual es, y su persistencia, dominancia, actitud y pensamiento, enloquecieron el alma de la ilusionada femina. El alma y no el corazón, ¿es aquello la muestra máxima de la perdición?

Hay serpientes que arrebatan más allá del aliento, y la mujer debió reflexionarlo al igual que Adán.

Y en el transcurso de sus encuentros fortuitos, hubo un cruce de miradas entre las pecadoras, y la lujuriosa reptil irradiaba algo que enloqueció a la femina; libertad. Nadie que no estuviese implicado entre ellas dos, fue capaz de admirar aquel dulce y cristalino cruce de miradas, en donde en más de una ocasión, la mujer juramentaba que el mundo iba a desmoronarse. Fue un encuentro instantáneo, casi ficcionario.

Las mariposas que abundaban en el abismo en el que se lanzó Eva la última vez, le impulsaron a disfrutar de la caída y deleitarse de las vistas. Y es que tal vez, el paraíso prometido era monótonamente desesperante a los ojos de ella, y aquella proposición de la reptil fue lo suficientemente creíble para sublevarse de la rutina. Quizás, por otra parte, la

serpiente alimentada del sufrimiento ajeno, no quería observar arder el hogar de Dios cuando Eva tomara las riendas de su propia vida, e hizo toda esta artimaña para salvarla del sufrimiento.

La mujer en cuerpo de reptil, le ofreció una de las frutas más deslumbrantes a la fémina, pues la quería guiar al éxtasis papilar, al goce divino. Y tal y como la historia bíblica, se encontraron estas figuras gracias a la serpiente y su indecente propuesta, y a Eva y su singular actitud de dejarse llevar ante cualquier situación. Aquel fruto fue la gran excusa de su encuentro.

¿Y Adán? Al parecer el hombre no tiene conciencia de la catástrofe que ocurre luego del desastre, pero tampoco es como que tenga discernimiento de todo lo que se ha provocado.

Y al final del día, todo lo que sube, desciende; la fémina bajó del paraíso y sabe el dolor que le causó, pero ahora en la tierra cree volar y que no caerá más. ¿Pero no es el infierno un escalón menos?

Y las dudas se acrecientan mientras las respuestas no se encuentran.

Omnipresencia: capacidad de estar presente en todas partes al mismo tiempo.

¿No es acaso Dios un ser omnipresente, que debió haber presenciado cada encuentro y roce entre la serpiente y la mujer? Y es que Dios tiene orgullo,

ego y terquedad, y si realmente le hubiese sorprendido el acto de Eva de comer del fruto prohibido, habría eliminado todo rastro de una creación fallida y sublevada, y más si la base de su obra fue de una absurda costilla.

¿Y si todo fue a raíz de una flexibilidad que él dejó pasar? ¿Y si el castigo ya estaba asentado desde la misma creación de la mujer, pero hizo todo esto para hacerla sentir eternamente culpable?

Los animales no humanos están absueltos de penas, y aun así, pueden engendrar. ¿Y si el castigo de Eva al menstruar por comer de la fruta prohibida, era un castigo que tendría por el simple hecho de ser un ser vivo? Y es que Dios solamente necesitaba una excusa para castigarla y que esta no se subleva por la desigualdad que había entre ella y el hombre. Y como todo era a diestras y siniestras del omnipotente creador, todo cumplió con su plan. Nadie podía dudar del poder de Dios, dueño de la luz, las tinieblas, y de todo lo que estas cubrieran, ¿pero no es acaso posible dudar de algo del cual, a pesar de todo, se sabe su existencia?

Eva ya no es una fiel y devota seguidora de Dios, aún cuando lo haya visto y admirado con sus propios ojos, ¿y es que qué significa que Dios no hiciera a la mujer desde cero como al hombre, y le haya sacado una costilla al varón para moldearla?, ¿qué tan poco valorable era la fémina para Dios, que no fue capaz de sacarle la eterna carga de rendir agradecimiento al varón por entregarle su bra-

zo de protección y deseo de su creación?

Omnipresencia; estuvo, pero en realidad no. Estuvo, pero solo con algunos. Y en verdad, únicamente estuvo para Adán. La atrayente, liberadora y fugaz serpiente con deseos de quemar todo a su paso, le demostró a la fiel y devota Eva que con solo ella misma, sería suficiente para valorarla.

Y pasado unos días, la serpiente da indicios del empoderamiento que quiere en Eva, pero tal vez, únicamente lo hace con la excusa de manipularla a su antojo. ¿Cuál es la necesidad del depredador de jactarse de su poder?

Eva tiene en su mente la imagen de que todo se encamina al derrumbe. Y de alguna manera, se tranquiliza más con esa idea que con la situación de tomar nuevamente la propuesta de la serpiente de juntarse a solas y arder en el éxtasis. La femina ya se ha lanzado en el abismo sabiendo el dolor que aquello conlleva, pero ahora ha rociado un tóxico brebaje para expeler a todas las mariposas que la ayudaron la última vez a sobrellevar la primera caída. Lleva error tras error y ha perdido cualquier rastro de noción, pero sabe que las mariposas ya no deben ayudarla otra vez y deben dejar que se desplome y desmorone en los cimientos del eterno abismo.

Y los pensamientos se ahogan y se estampan con las paredes que cubren la enloquecida mente de la mujer; pecará otra vez y ya no habrá ningún per-

dón, porque es algo que se ha planteado en más de una situación, y en todos sus desenlaces, se lanza al abismo junto al reptil. Le ha dicho que sí.

El hedor a ceniza y caos se aproximan, y si el acantilado se destruye hay una gran probabilidad de que la caída sea más baja que la tierra en donde habitan el hombre y la mujer; irán al paraje en donde yacen escorpiones, arpias y almas pecaminosas. La reptil tiene varias particularidades, una de ellas podría ser lo inesperable e inconcluso. Eva dejó su destino en las manos del frío animal, quien no duda en jugar al depredador y a la presa, y quien no siente culpa de herir y fragmentar a quien tenga a su costado.

¿Y cuál será la reacción de Adán? ¿Qué pasará por su mente cuando tenga conocimiento de lo que Eva es capaz de soltar y abandonar, por ser tocada nuevamente por aquel lujurioso ángel?

¿La serpiente de escamas doradas creerá que tiene el alma de Eva entre sus ásperas manos? La femina es agua al fin y al cabo, y la reptil debería comprender que el agua se deshace y fluye, que no espera a nada ni a nadie. Pero así no ocurrió; la mujer esperó la innata llegada del reptil, quien nunca apareció, quizás, como un movimiento previo para saber qué tan controlada la tenía entre sus dedos. Acordaron otro día, ¿pero y si no aparece? ¿Será este el real castigo de Dios; mostrarle a Eva que el pecado por el cual dio la vida, se escapa eternamente de sus posibilidades?

Pero cuando se encontraron frente a frente de manera imprevista, esos ojos ardientes atravesaron su alma cual colmillos de serpiente mordiendo carne humana. Eva quedó inmóvil y pasmada cuando se dio cuenta de que siendo presa no hay escapatoria. El depredador siempre estuvo a la vuelta de la esquina, caminando como aquellos templados, fríos y seguros animales que en unos segundos tendrán entre sus garras a aquella caza que a nadie dañaba y que nada hacía. ¿Y es que Eva no era de esas presas, de esas fáciles presas?

No fueron los suficientes y necesarios segundos para lograr hacer algo más que un burdo cruce de miradas. ¿Cómo pueden dos personas mirarse y no comunicar absolutamente nada? Y es que todo fue rápido, fugaz y exacto. Exacto; ¿Si la mujer no hubiese caminado a la misma hora por donde se encontró por primera vez con la reptil, si hubiese mordido otra parte del fruto prohibido, o quizás hubiese pensado un segundo más en llevarlo a cabo, sería todo distinto?

Todo lo anterior logró que en ese instante el ángel caído y la fémica se hayan chocado en ese fortuito encuentro. Se detuvieron al instante y ninguna tuvo la idea de mirar a otro punto más que a la contraria. ¿No era aquello demasiada casualidad y exactitud?. La situación se desencadenó de manera rápida, exacta y fugaz; casi inexistente. Todo lo que sube debe descender, y en ese momento la mujer supo que esa sería la última vez que vería una amable mirada por parte de la serpiente.

¿Se estará invirtiendo la trama entre la burda fémica y la pecaminosa serpiente, logrando que esta última se encuentre arrepentida de detonar a la verdadera fémica? Quizás Eva debió seguir el camino de Adán y no aceptar cualquier proposición. Y si las cosas ocurrieron una vez, es como si no hubiesen pasado nunca. Y en esta ocasión, Eva prefería que este desastre nunca lo hubiese experimentado. Pero no se siente destruida ni dañada, solo con eternas y profundas pozas de dudas; dudas del por qué la serpiente dice y actúa distinto, de cómo es capaz de contemplarle de frente si no desea tener un mínimo contacto con ella, y de la razón por la cual hizo tal acción.

Y es que le faltó sinceridad a aquel ser que reflejaba caos y una muerte prematura. La serpiente no fue capaz de enfrentarse a la mundana mujer a pesar de ir ante cualquier abusiva y ególatra autoridad. Los ideales de la reptil se desbordan en incongruencias que se destruyen a su paso; que la destruyen poco a poco. Y Eva no era quien para juzgarla ni mucho menos criticarla, ¿entonces cuál era la razón de no expresarle la verdad?

Pero Eva ya no busca una explicación, pues el ángel caído no es sincero con la mujer; el ángel caído, en verdad, no es sincero ni con él mismo.

La cobardía es infinita e interminable. ¿Y la duda? Peligrosamente atrayente.



Siendo el caos

El fruto siempre estuvo podrido y aquel dulce y llamativo aroma solo fue la ilusión que creó Eva alrededor de toda la situación. Y es que todo terminó con la determinante decisión del ángel caído de acobardarse audazmente. Y Eva maldice a los hipócritas y temerosos, a los narcisistas y a los innobles, pero al fin y al cabo, Dios la castigó por lo mismo.

¿No hubiese sido más anhelante que la cobardía haya sido más grande que la valentía en la mujer, y que sus sentimientos nunca hayan aflorado como lo hicieron en Adán, pensando todo desde una posición de un quizás?

Eva implora volver al día en el que nada más rozaron sus cuerpos y unieron sus alientos, en donde no logró contar las incontables miradas que se compartían, y en donde el reptil le sonrió con una pureza y amabilidad que le llegó al alma. El veneno la está carcomiendo, destruyendo viva. ¿Por qué nadie fue capaz de salvarla antes de este agarre que le ha dañado en sangre, sudor y lágrimas?

Y a pesar de sentirse destruida, vacía y miserable, sabe que las historias reales son fugaces y dolorosas; inexplicables. Aún hay retazos del reptil en la mujer, y esta última solo espera llegar al día en el que las cicatrices ya no duelan. ¿Cómo puede algo herir y sanar al mismo tiempo? ¿Cómo puede alguien como la mujer sentirse en paz, a pesar de que se acerca su final?

Las trompetas comenzaron a sonar y a Eva únicamente se le cruzaba por la mente si debería estar arrepentida, pidiendo de rodillas misericordia.

A medida que el caos se desencadenaba eternamente a órdenes del señor de la luz y las tinieblas, el primer ángel ocasionó el granizo, desató la sangre y propagó el fuego.

La culpa y responsabilidad de Eva caía en sus hombros como granito bajo cero; frío, despiadado y desgarrador. La sangre la cubrió cuán llovizna torrencial, llevándose consigo el lujurioso tacto de la reptil. El fuego, por otro lado, consumió su vientre y aquel prohibido deseo por la libertad.

Y nadie hacía nada más que actuar con arrepentimiento, a pesar de haber sido hasta el último momento, degustadores del infierno.

Pese al mal que ocasionó el primer ángel, el segundo cubrió y reemplazó el mar por el espeso líquido color carmesí, destruyendo todo rastro de vida, tal y como el efecto que hizo la serpiente en la mujer cuando le miró por última vez. E igual y como el sutil relámpago que descargaba la mirada de la reptil, destruyendo a quien le admirara, el tercer ángel impactó una estrella en llamas sobre las rojas y demacradas aguas.

Dios sabía que si Eva volvía a nacer, cometería los mismos e ingratos errores, y por ello, el cuarto ángel hirió al sol, a la luna y a las estrellas, para que

nada le recordara a la mujer la luz que desprendían los angelicales cabellos de la reptil.

Y ahora, en medio del desastre, la sombras reinaban fríamente cada espacio. Eso fue obra del quinto ángel, quien cubrió con niebla infernal la luz que quedaba y el aire que acompañaba a las destruidas almas, haciendo resurgir las langostas que atormentaban tan bien como los fieles escorpiones. Horror, pánico y escalofríos; el opaco espacio cubrió tal y como las verdaderas intenciones del encuentro fortuito entre la mujer y la serpiente.

Todo se desmoronaba en lo retorcido, pero allí no dio descanso el creador, pues el sexto ángel ordenó fusilar con fuego, humo y azufre a muchos de lo que Dios hacía llamar hijos suyos. A él ya nada le importaba, porque al fin y al cabo, él nunca se había responsabilizado de sus actos y palabras, y solo clamaba a que temieran en su nombre.

Los culpables e impuros corrían despavoridos, pero ya no era tiempo para huir; el mismo ángel llamó a los truenos, al silencio y al contratiempo. Nadie será perdonado por sus pecados, y a quienes aún se mantenían con vida a pesar de las catástrofes, el séptimo y último ángel los castigó con la muerte, y además, con nuevos y temerosos terremotos, granizos, relámpagos, voces y truenos.

Y así, los que temen el nombre de Dios, fueron sentenciados al castigo eterno.

Y todo termina en donde comienza; las personas corrían, el fuego se alzaba, y el fruto que colgaba del árbol de la sabiduría del bien y del mal, pasaba por las manos de cada pecador. Tocaba los labios de todos, uniendo el exhalar en aquel estrecho sentir. Rostros escondidos por el furor y rabia del fugaz, y al mismo tiempo, eterno momento.

Las cicatrices hacen de la fémina un completo desastre, ¿pero no es el arte, no es la vida, no es el conocimiento y el encuentro, un completo e incontrolable caos?

Y por ello Eva estaba allí, con el comienzo del desorden y la desobediencia, y vio a la serpiente directamente a los ojos. La mujer de cabellos de oro se adueñó de la mente de la fémina en aquel último y eterno día de revuelo y desorden. Y así, cada una fue el último recuerdo y miseria de la contraria. Y ardieron, se unieron, y crearon el mayor caos, pecado y desastre que nadie antes pudo ocasionar, pero teniendo como castigo perpetuo renacer y reencontrarse, pero nunca ser una.

El caos provoca más caos. La lujuria; eternos desastres sin vuelta atrás. ¿Y el pecado? Un sinfín de sucesos embelesados, adictivos y liberadores.

La serpiente fue y provocó todo ello, y Eva fue quien gozó de aquel éxtasis. ¿Pero cuál fue el real castigo que Dios ordenó eternamente sobre ella?

Las trompetas se escuchan al final del día y todo termina en donde comienza. Todo renace.

